

que unen en el trabajo y en el cometido a los que están ligados por la sangre: "Nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispanoamericanas — habla Cuervo todavía y para siempre — como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas".

INAUGURACION DEL MUSEO LITERARIO DE YERBABUENA

Como ya se ha informado anteriormente en las páginas de *Thesaurus* (XI, 420-422 y XII, 326), el Instituto había venido adelantando la organización del Museo Literario de Yerbabuena, destinado a recoger y conservar recuerdos de nuestra vida cultural en el siglo pasado, en especial manuscritos de sus literatos, obras de pintores y grabadores, retratos y objetos personales de figuras notables del Ochocientos colombiano. En esta empresa colaboró con entusiasmo desde un principio el doctor Gabriel Giraldo Jaramillo, miembro de la Junta del Instituto, quien aportó valiosas iniciativas y donaciones de cuadros y manuscritos a la fundación del Museo.

En los primeros meses de 1960 fue llamada por el Director del Instituto a asumir la dirección artística del Museo la esclarecida dama doña Isabel Lleras de Ospina, escritora de reconocidos méritos y prestigio, quien llevó a feliz término la obra, hasta lograr que el Museo se inaugurara con pleno éxito, tanto por el valor y la apropiada presentación de sus colecciones como por la resonancia que han tenido los actos culturales que se celebran periódicamente en sus salas.

Varias entidades y personas generosamente han hecho donativos de objetos históricos o en efectivo. Mencionamos con gratitud a los siguientes donantes: Ministerio de Educación Nacional, Departamento de Cundinamarca, Academia Colombiana de Historia, Banco de la República, Compañía Shell Condor, Industria Colombiana de Llantas, doctor Eduardo Santos, señora Isabel Lleras de Ospina, señorita Inés Rubio Marroquín, doctor Daniel Ortega Ricaurte, señora Teresa Tanco de Caro, hijos de don Víctor E. Caro, hijos de don Luis Augusto Cuervo, doctor Guillermo Hernández de Alba, doctor Luis Martínez Delgado, señora Lola Casas de Gómez Restrepo, señora Cecilia Samper de Gutiérrez, doctor Leopoldo Guerra Portocarrero, doctor Diego Uribe Vargas, doctor Bernardo J. Caycedo, señora Nina Vásquez de Carrasquilla, señora Margarita Caro de Rueda, señorita Isabel Arboleda y hermanas, señora María Luisa de Ricaurte, señora Adelaida Gutiérrez de Rivera, señora Leonor Garcés de Iragorri, señoritas Inés y Leonor Gutiérrez Hoyos, señora Leonor Caycedo de Norden, señora Lucrecia Suescún de Meck, doctor Rafael Hoffmann y señora,

doctor Nicolás Gómez Dávila, señora Blanca Montoya de Armenta, doctor Santiago de la Mora, doctor Alfonso Hurtado, señora Alicia Mallarino de Mejía, señora Sofía Holguín de Koppel, Padre Mario Germán Romero, señora María Amalia Gnecco de Samper, doctor Emilio Robledó Correa, doctores Gustavo y Alberto Uribe Ramírez, doctor Carlos Arturo Torres Pinzón, don Luis F. Macías, Banco de los Andes, Compañía Colombiana de Seguros, señora Dorila Uribe de Santos, doctor Antonio Rueda Caro, doctor Manuel María Buenaventura y Mons. José Eusebio Ricaurte.

Entre los objetos valiosos pertenecientes al Museo podemos mencionar la primera edición de *María*, de Jorge Isaacs, con correcciones del autor; los borradores de *Hora de tinieblas*, de Rafael Pombo; autógrafos del *Nocturno*, de J. A. Silva, de *Estar contigo*, de José Eusebio Caro y de *Traducciones de Giacomo Leopardi*, de Antonio Gómez Restrepo; autógrafos de Rafael Uribe Uribe, de Carlos Cortés Lee, de Rubén Darío y de algunos otros literatos colombianos e hispano-americanos; los escritorios de Miguel Antonio Caro y José Eusebio Caro; los escritorios de campaña de José Manuel Marroquín y de César Conto; muebles y objetos personales de José Manuel Marroquín, etc.

El domingo 28 de agosto de 1960 fue inaugurado el Museo, con la asistencia de numerosos invitados, entre los que figuraban el doctor Darío Echandía, ex-Presidente de la República; Monseñor Emilio de Brigard, Obispo Auxiliar de Bogotá; el doctor Gonzalo Vargas Rubiano, Ministro de Educación Nacional; el general Rafael Hernández Pardo, Ministro de Guerra; el doctor Juan Pablo Llinás, Alcalde de Bogotá; el senador Guillermo León Valencia, Monseñor José Eusebio Ricaurte, los doctores Fabio Lozano y Lozano y Juan Lozano y Lozano, don Agustín Nieto Caballero y otras personalidades.

Inició el acto doña Isabel Lleras de Ospina con un discurso en el que exaltó los valores del romanticismo como actitud vital y como tendencia literaria, y evidenció la profundidad de la huella romántica en la vida colombiana, especialmente durante el siglo pasado. También se refirió doña Isabel a los donantes y a las personas que habían colaborado con mayor eficacia en la organización del Museo.

A continuación leyó su discurso el Director del Instituto Caro y Cuervo. Precisó en él el doctor Rivas Sacconi la significación que tendrá el Museo para la cultura del país y evocó la memoria de algunos de los grandes personajes de Colombia en el siglo XIX.

Seguió una "tarde romántica", según la denominación del programa, que comprendía estos números: lectura por Víctor Mallarino de *La taza de chocolate* de José María Vergara y Vergara; lectura por Isabel Lleras de Ospina, de una página de *María* de Jorge Isaacs; interpretación por Víctor Mallarino de varias poesías románticas (fi-

guraba también *La perrilla* de Marroquín); interpretación por Alfonso Granados, Elena de Granados y Alvaro Riveros de viejas canciones colombianas; interpretación por las hermanas Mirandas de bambucos colombianos; presentación por Isabel Lleras de Ospina y Víctor Mallarino de la pieza teatral *Romanza sentimental* (Primer momento, 1890; Segundo momento, 1910), escrita expresamente por doña Isabel para aquella tarde. Para concluir se sirvió una taza de chocolate.

Publicamos a continuación el texto de los discursos del doctor José Manuel Rivas Sacconi y de la señora Isabel Lleras de Ospina, pronunciados en dicha ocasión:

DISCURSO DEL DIRECTOR DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO,
DOCTOR JOSE MANUEL RIVAS SACCONI

Ha querido el Instituto Caro y Cuervo celebrar el sesquicentenario de la Independencia nacional en forma acorde con su índole y de varias maneras, especialmente con dos actos de significado trascendente y duración perdurable, que confía habrán de ser factores estimulantes para el progreso cultural del país y habrán de proclamar ante las futuras generaciones el amor con que la nuestra recoge el legado de los emancipadores y conmemora este gran día de la patria: el primero es la instalación de la imprenta que revive el nombre de la Patriótica del precursor Nariño, cuyo motor principal será el afán de servicio a la cultura colombiana; el segundo es la inauguración de este Museo de Yerbabuena, en el cual nos proponemos conservar y exhibir a la veneración pública los recuerdos de nuestros principales hombres de letras.

Cuando el crecimiento del Instituto Caro y Cuervo y la ampliación de sus perspectivas impusieron la necesidad de buscarle sede propia y permanente, ninguna pareció más adecuada, por su amplitud, por su recatado abrigo, por su sabor autóctono y por su tradición que esta casa de Yerbabuena, a la cual, en palabras de don José Joaquín Casas, que ya tuvo ocasión de recordar recientemente, "se hubiera recogido para escribir su libro inmortal el ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra", a satisfacerse su petición al rey de España. "En cada nación — agregaba el autor de las *Crónicas de aldea* —, en cada nación el afecto patrio designa y consagra ciertos lugares donde el espíritu público se retempla y aviva en las fuentes de la tradición... Estemos ciertos de que Colombia afirma briosamente su personalidad y se mantiene fiel a ella mientras los colombianos gustemos de recrearnos y paladeemos a los que van viniendo con el sabor de Yerbabuena". Esta casa está ligada a nuestra historia y a nuestra literatura por nombres ilustres: el de José Manuel Marroquín, que aquí escribió sus mejores obras, el de Miguel Antonio Caro, que aquí aprendió sus primeras letras; está animada por sencillos hechos memorables, que tejen la tela de la vida familiar, social y rural de un siglo; y está incorporada a la geografía y al paisaje de esta verde sabana, inmortalizada por la limpia e inimitable prosa de Tomás Rueda Vargas.

Al acogerse a estos muros, el Instituto no solamente hallaba su sede adecuada sino que cumplía la misión de rescatar, conservar y erigir en monumento una fábrica amasada con las más auténticas esencias nacionales. Y así la idea de

lo actual y de lo histórico, de la sede y del museo, se enlazaron y corrieron juntas desde un principio, para mostrar que lo antiguo podía y debía cumplir aún una función, y que la tradición es una fuerza viva y vivificante. A este lugar acude diariamente, desde diferentes puntos de la sabana, un equipo de investigadores que consagra sus esfuerzos al estudio de la lengua, de las letras y de las costumbres nacionales, y que rinde culto, con su quehacer, a las tradiciones simbolizadas en este lugar.

Adquirida la casa de Yerbabuena en 1955, el Instituto contempló en seguida la idea de fundar en ella un museo que reuniera las reliquias colombianas de la época romántica y fuera imagen viva de la cultura nacional en el Ochocientos. La Junta del Instituto acogió favorablemente la iniciativa presentada por uno de sus miembros, el doctor Gabriel Giraldo Jaramillo, quien además hizo donación de valiosos cuadros y manuscritos para este fin. El Ministerio de Educación Nacional creó, como dependencia del Instituto, el Museo consagrado a la recolección y conservación de documentos, obras de arte y objetos relativos a la historia literaria y a la tradición colombianas y cedió al Instituto un importante conjunto de cuadros representativos de nuestra pintura decimonónica. El Departamento de Cundinamarca asignó la partida necesaria para la restauración y adaptación de la casa. Con estas bases, la idea se fue abriendo camino y muchas fueron las personas que quisieron vincularse a la formación del Museo con su colaboración y con sus generosas donaciones. Sus nombres quedan inscritos, con indeleble signo de gratitud, en nuestro álbum de honor.

Mas este anhelo, este esfuerzo, este abigarrado conjunto de objetos y documentos, estas estancias vacías esperaban la energía ordenadora y animadora de una mente y un corazón que interpretara el propósito y, con poder demiúrgico, lo transformara en hermosa realidad. Mente y corazón corresponden al nombre esclarecido de Isabel Lleras de Ospina, quintaesencia de las virtudes y de los más altos atributos que adornan a la mujer colombiana, genuino y fino producto de estirpes que se han distinguido por la inteligencia, el saber, el patriotismo y el señorío. Si poeta es el que interpreta sentimientos inexpressados, el que ve la substancia íntima de las cosas — oculta a los ojos profanos —, el que despierta latentes realidades, si poeta es el que crea, doblemente poeta es Isabel que, en formas de insuperable factura, ha creado poemas evocadores del pasado y ha sabido recrear ese mismo pasado en este Museo, exhumando del olvido toda una época y sacando casi de la nada innumerables objetos y obras artísticas o literarias, que son testigos de nuestra vida y de nuestra gloria. Divino poder de la poesía que — según lo sintió Carducci — forja mundos con los elementos de la idea y del sentimiento, con las memorias y gestas de la estirpe, con el pasado y el porvenir, que acuden al llamado de la mágica voz y se precipitan en el crisol ardiente, para ser fundidos por las llamas de la fe y del arte.

Henos, pues, congregados en torno a unas pocas cosas que han sobrevivido a su propia, fatal disgregación: una casona sabanera, unos muebles, unos cuadros, unas eras florecidas, unos mármoles. Sobre todo ello cayó alguna vez la luz de una mirada, y los objetos que ahora yacen en este lugar, sometidos a grata y cordial inmovilidad, se animaron a la presencia de sus dueños. Hicieronse tránsito de cotidiana existencia, eco de amorosas preocupaciones, recodo de calladas angustias, cima de estremecidos anhelos. Pero, después, a la mirada de sus dueños sucedió la ciega pupila del hado, y sobre ellos cayó la oscuridad,

precursora tantas veces de ruina. Irremediamente vestidos de caducidad y vejez, volviéronse cosa de trashumancia, y en el ir y venir de los días fueron escribiendo su secreta, minúscula odisea. Hoy llegan aquí, a este solar, bajo estos aleros de Yerbabuena, que les dan bienvenida, no de huéspedes, sino de miembros de familia. Por un rasgo, un gesto furtivo, una actitud olvidada, una añeja expresión podemos, sin mayores esfuerzos, reconocerlos a todos. Reunidos al amparo de muros entrañables, volverán a fijarse sobre ellos miradas amigas, y ya no podrán callar porque, en íntimo diálogo, irán diciendo a todos su propia historia, la historia de su tiempo, la historia de sus gentes, sumaria crónica de lo grande y lo pequeño. Y lo que, para darle un nombre, habrá de llamarse Museo de Yerbabuena, será, como quería Ortega en cierta ocasión, un "museo de vida". Vida colombiana del siglo diecinueve, batalladora e idealista, religiosa y polémica, romántica y soñadora, saturada de realismo e integradora de anhelos superiores.

No será éste, entre nosotros, un museo más. Nuestra ciudad cuenta con lugares de sereno y apacible recogimiento aptos a la rememoración y reviviscencia del pasado. Uno de ellos congrega, en áurea delectación, los restos de la civilización y la cultura aborígenes, verdaderas reliquias de la raza, más preciosas aún como documento de la remota historia que como símbolo de la anchurosa riqueza material de nuestro suelo. Otro narra en plásticas formas lo que fue como expresión artística el período colonial en el que la pintura, la escultura y la talla de cuño religioso español aparecen vivificadas por el aliento de nuestros artífices y obreros naturales. Otro entona épicamente las alabanzas de nuestra gesta emancipadora en rico acopio de vestuario, instrumentos de guerra, enseñas y piezas militares que ilustran lo que fue aquel candente horno de gloriosas y memorables hazañas. Otros, más ceñidos a un momento determinado del pretérito, señalan al visitante los contornos de una vida ilustre o un suceso extraordinario. Pero, ¿dónde está el remanso que abrigue de la tenaz y corrosiva intemperie el legado cultural de nuestro siglo diecinueve? Y, sin embargo, de él arranca y en él se identifica el perfil moderno de nuestra vida colectiva.

Siglo creador por excelencia, en él nos es dable asistir a la génesis misma de un proceso que aún no ha terminado. Allí, los brotes incipientes y la madura gestación de nuestras instituciones jurídicas y culturales; allí, los orígenes de nuestra poesía lírica henchida de romanticismo; allí, por igual, los balbucesos y esplendor de la producción costumbrista; allí, la novela en su compleja temática y ejecución; la fundación de centros, institutos y academias; el alborar de la investigación desinteresada, el apogeo de la filología y la lingüística, el cruce de corrientes e influencias literarias europeas y americanas, el fin del siglo y, en una palabra, cuanto nos ha dado una fisonomía propia entre pueblos hermanos y extraños. Pero no parecía sino como si tantos esfuerzos e iniciativas, éxitos y frustraciones, se nos hubiesen concedido por vía de magia y encantamiento, o al modo de las pródigas lluvias, que luego de fecundar la tierra, pasan y desaparecen sin dejar tras sí testimonio visible de su providencial influjo.

Si el siglo pasado es creador por excelencia, lo es ante todo en el dominio de la producción literaria. En él vienen a morir y apagarse los últimos destellos del siglo de las luces, por tantos aspectos valioso para nosotros, y de él parten las incitaciones y renuevos que desembocan en nuestro presente. Es, por tanto, un momento central de nuestra evolución como pueblo culto, y observándolo siquiera sea superficialmente, no puede nadie sustraerse a la contem-

plación de uno de los caracteres que más lo individualizan. Los hombres del siglo diecinueve, que adquieren en ocasiones contornos ciclópeos, querían abarcarlo y hacerlo todo, y resumir en el individuo las mayores posibilidades del universo cultural. Acometen tareas que exceden a la capacidad individual y por eso, a veces, el logro se queda a medio camino. Diríase que, herederos o constructores de una conciencia humanística, aspiran a comprender exhaustivamente el proceso de la humanidad, compendiado en un tema de estudio o resumido en un propósito vital. Caro, por ejemplo, para traducir a Virgilio reúne él solo una biblioteca y a través de ella va siguiendo las vicisitudes de la historia romana, con minuciosidad de erudito y verdadera amplitud de filólogo clásico, para llegar a una fórmula que le permita entender el sentido del majestuoso poema épico. Hoy apenas se explicaría esto, y a un investigador de nuestros días le basta ceñirse a una breve parcela para asomarse desde allí al misterio de la compleja creación poética. Cuervo proyecta un Diccionario que hoy nadie se atrevería a planear y ejecutar sin la intervención de numerosos colaboradores, y para formarse una idea exacta del castellano de su terruño natal acumula autores de todos los siglos a fin de no aventurar hipótesis que no hayan pasado previamente por el tamiz de la investigación científica contemporánea, al paso que en nuestro tiempo un profesional de la lingüística escoge apenas una área limitada de hechos para poder ahondarla con rigurosidad semejante a la de Cuervo. Las noticias curiosas y remotas que Suárez parece echar al acaso y como por juego en los *Sueños de Luciano Pulgar* son fruto de un bibliófilo inteligente que se deleita no sólo en acumular una nutrida librería sino en explotarla asidua e integralmente para ilustrar cosas aparentemente triviales de la lengua diaria, faena realmente inalcanzable en los tiempos actuales. Pudiera pensarse que son éstos casos aislados en los que la naturaleza misma de los estudios exigía esfuerzo tan desmesurado; pero también en otros campos nuestros hombres de letras del siglo pasado buscaron la totalidad del saber de su tiempo o momento histórico, y la medida de la creación poética. Apenas se concebiría a Pombo como autor de recursos limitados o de inspiración monocorde, cuando su aliento recorre toda la escala de las formas y los motivos a que puede aspirar un poeta universal. Y cuando en el producto literario no se ha reflejado esta ansia de integración totalizadora de la inteligencia, es porque se ha refugiado en la vida intrapersonal, en el conocimiento de las posibilidades y adquisiciones de la existencia. Con ser tan valiosa en el aspecto intelectual y científico la obra de Uricoechea, pasa a un plano menos visible ante la desbordada y siempre nueva emoción con que capta las cosas mundanales y trascendentes, orbe sin fronteras en el que gusta sumergirse. Y éste no es tampoco caso único. El saber casi enciclopédico de Samper corre parejas con su tenaz empeño de conocer directamente los productos de la civilización, las corrientes literarias, filosóficas o simplemente progresistas de su hora. Núñez, que en la poesía resulta de proporciones recortadas, a pesar de su trascendentalismo filosófico, se dilata y ensancha en la consideración vivida de las transformaciones sociales y en el estudio de las ideologías políticas. Así podría llegarse hasta Silva, que concentra en el gozo de la vida, en el ritmo y en las formas toda la plenitud de la existencia, hasta agotarla voluntariamente en un gesto de exquisita y refinada locura. Naturalmente, no siempre la tensión del arco ha llevado a la flecha tan lejos, pero en los arqueros la actitud ha obedecido a la misma intención de hacer blanco.

Así, pues, este Museo de Yerbabuena quiere ser un reflejo vivo de las tradiciones literarias transmitidas por el siglo pasado a este nuestro, que ha superado ya la media centuria. Anhela, mediante una variedad de objetos, trazar la línea continua de una historia que pertenece a todos. Tales objetos son también expresión humana, en el más amplio sentido de la palabra. Sólo que, de la misma manera que un conjunto arbitrario de voces y sonidos no hacen una melodía o un poema, tampoco las cosas por sí, en aislamiento y heterogeneidad, poseen un sentido. Es preciso que se hallen agrupadas armónicamente, y la armonía, en este caso, es el puente tendido desde los extremos del tiempo irreversible hacia el polo en que gravitan los intereses de una comunidad. Esta, en momentos de reflexión, articula los dispersos fragmentos de realidad e introduce un orden y un sentido. Es lo que aspira a consumir este depósito vivo de realidades, no surgido en gracia del acaso ni proyectado al filo de consideraciones pasajeras, sino brotado a la existencia por imperativo de los ideales que el Instituto Caro y Cuervo viene propugnando y sosteniendo.

Podría formularse el interrogante de por qué el Instituto asume funciones y recaba para sí deberes que aparentemente salen de su órbita de estricta investigación científica. Tal interrogante escamotearía el profundo significado de la tarea que le ha sido asignada. Quien dice filología dice historia, quien dice ciencia del lenguaje dice ciencia literaria. La filología y la lingüística persiguen, a través del documento que es la palabra, recomponer, interpretar y revivir el sentido último de las realidades espirituales del hombre. Y el Instituto, al que se entregó la misión de ocuparse con ese documento supremo, ora en su forma escrita, ora en su forma hablada, no podía sustraerse a la necesidad de completar sus métodos de investigación con el aporte de documentos y testimonios que son para ésta auxiliares a veces imprescindibles. La historia literaria debe, en multitud de casos, acudir a ellos para configurar una teoría interpretativa o consolidar una sencilla hipótesis de trabajo. Sin la imagen viva del medio o ambiente que rodeó la creación literaria en un determinado momento histórico, no podrá esperarse una imagen viva del escritor ni siquiera una completa reconstrucción de su fisonomía espiritual. El Instituto, en no pocas ocasiones, ha tenido que recurrir al documento escrito, al archivo, al manuscrito, al autógrafo, a la iconografía, a las huellas materiales de un pasado extinto, y ello le ha dado la seguridad y confianza para resolver puntos dudosos, aclarar cuestiones controvertidas, establecer nuevos hechos. En esta ruta, ya probada, sabe que el Museo que ahora se inicia es un buen principio y habrá de ser un auxiliar efectivo para muchos investigadores futuros.

Pero el Instituto no ha querido contentarse con ser simple guardián de restos venerables. Ha erigido este Museo, aquí, en su sede oficial, para significar el vínculo que lo liga al pasado y lo tiende hacia el porvenir, y para dar a estas memorias de ayer el calor humano de hoy. Los altos paredones que ahora nos acogen fueron una vez regazo de las musas; el gesto y la voz de actores criollos animaron esta casa con representaciones teatrales; fábrica de enseñanzas y escuela de bien decir y bien vivir, por aquí discurrieron las peripecias del Moro. Fue, en suma, hogar y fragua de quehaceres. Al reincorporarla a nuestro presente, es seguro que aquí todo hablará un mismo lenguaje en el que nada se excluye porque cada cosa se integra en una sola finalidad, la de convivir con la tradición, hacerla fecunda, darle una función, inocularla en el organismo de las preocupaciones contemporáneas. Ella, como es obvio, no puede consistir en el fácil arrimo de la yedra a la frialdad de muros ruinosos, sino que ha de

estar presidida por el signo de los tiempos nuevos, que reclaman formas de vida y actuación eminentemente activas. Una de ellas, en el campo de la cultura, exige que los proyectos de cierta magnitud no queden para su ejecución sometidos a las precarias circunstancias de individuos aislados, sino que sean la resultante de esfuerzos mancomunados y solidarios. Al igual que otras empresas, de índole científica, en las que viene empeñado el Instituto, valiéndose de la colaboración de todos aquellos que, en buena hora, han sabido otorgársela, ésta del Museo de Yerbabuena habrá de contar también con el apoyo unánime de cuantos reconozcan en nuestra tradición cultural y literaria un motivo de orgullo y una prenda de renovación espiritual.

DISCURSO DE DOÑA ISABEL LLERAS DE OSPINA,
DIRECTORA DEL MUSEO

La palabra romántico cobra en esta tarde de Yerbabuena su verdadero valor emocional. El que le presta el eco de voces ya extinguidas, el que le comunican las fisonomías que en un tiempo le fueron familiares, el que le dan las cosas que han sido testigos de las hazañas, de las aventuras, de los amores y de los sufrimientos de aquellos cuyo recuerdo queremos conservar en esta casa vieja, enmarcada en el incomparable paisaje de la Sabana de Bogotá.

Colombia ha sido un país romántico por naturaleza, y cuandoquiera que se ha presentado una decadencia del romanticismo, el país ha descendido de su categoría moral e intelectual. Románticos fueron nuestros próceres, románticos la mayor parte de nuestros políticos y hombres de Estado, románticos los escritores colombianos en general. Hasta en las personalidades que parecen más contrarias a esa manera peculiar de ser y de vivir, aparece de pronto el espíritu romántico en una actitud, en un gesto o en una estrofa. El momento actual registra una de las más graves crisis del romanticismo colombiano, y es necesario volver los ojos a esos que subieron al patíbulo por el ideal romántico de la libertad, a esos otros que padecieron persecuciones por el mito romántico de la justicia, a aquellos que cruzaban sus espadas como caballeros en la defensa romántica de sus doctrinas políticas, a los que escribieron las mejores páginas de la literatura colombiana en homenaje a un amor efímero o eterno, pero de características esencialmente románticas.

Se pretende a menudo ridiculizar las grandes obras de nuestra literatura romántica, y con el método que se sigue para ello se podría fácilmente poner en ridículo las obras maestras del romanticismo universal. No faltaría quien sonriera a costa de Espronceda y de Bécquer, de Lamartine y de Musset y qué diríamos de Hugo! Es claro que en la literatura romántica, como en todas las literaturas, existen multitud de cosas ridículas, pero no son necesarias una gran inteligencia ni una finísima sensibilidad para distinguir las artificiosas comedias del sentimentalismo de los grandes estremecimientos del alma. Si se toman aisladamente, como se ha hecho, frases o páginas de Isaacs, y se comentan con ingenio y audacia, se puede hacer reír con facilidad a todos los que no han leído la *Maria*; pero los que hayan contemplado el paisaje colombiano en esta novela, la más leída de su época en Colombia y en casi toda América; los que hayan conocido los tipos humanos que en ella viven y se mueven con sencillez y naturalidad; los que hayan sentido y llorado alguna vez ante la presencia

del amor y de la muerte, encuentran en el libro de Isaacs la interpretación de la vida colombiana de entonces, con sus costumbres, sus gentes, y, sobre el fondo de un paisaje inolvidable, dos figuras que vivirán eternamente porque tienen la eternidad de la belleza, del amor y del sufrimiento.

En el número 13 de la calle de San Mateo hay un viejo palacio que guarda el Museo Romántico de Madrid. Muy cerca de este palacio hubo en el siglo XIX un famoso colegio donde se educó, entre otros, Espronceda. Desde que conocí este Museo encantador, tuve la idea de hacer algo semejante en Bogotá. Muchas de las cosas que estaban en la rancia casona madrileña las había yo visto en las viejas casas bogotanas, los muebles, los fanales, los tarjeteros, el cuadro ovalado que encierra por lo general una tumba y un árbol bordados con finos cabellos, los pequeños objetos que pertenecieron a los grandes románticos. En un salón la sillería isabelina, en otro los papeles familiares y la pistola de Larra.

Cecilia Hernández de Mendoza que me oyó hablar de este proyecto se lo contó a José Manuel Rivas, y éste puso generosamente a mis órdenes para realizarlo la casa de Yerbabuena destinada por el Instituto Caro y Cuervo a ser el Museo de la Literatura y la Tradición Colombianas. Rivas Sacconi, en quien se prolonga una gloriosa tradición de escritores y quien debe tener en la sangre una buena dosis de romanticismo, ha puesto el mayor empeño en esta tarea, y él y yo tuvimos la fortuna de que nos acompañaran en la Junta Directiva Eduardo Santos, en quien toda obra de cultura, de patriotismo o de caridad encuentra su mejor apoyo; Gustavo Santos, quien, entre paréntesis, tenía hace varios años este mismo proyecto y, naturalmente, ha puesto en él todas sus complacencias; Luis Martínez Delgado, Inés Rubio Marroquín, Cecilia Hernández de Mendoza, Bernardo J. Caicedo, Cecilia y Teresa Marroquín Gómez, Guillermo Hernández de Alba y Diego Uribe Vargas. Gracias a la generosidad, el buen gusto y el entusiasmo de todos ellos, y a la colaboración eficaz de Francisco Sánchez Arévalo, activo secretario del Instituto, y de Isabel Gómez de Santos, Alina de Martínez Delgado, Blanca Montoya de Armenta y Myriam Sánchez podemos entregar hoy a los románticos que en Colombia quedan, este comienzo del Museo de Yerbabuena que, como buena empresa romántica, empieza con un pasivo de cincuenta mil pesos y un activo de recuerdos y de estrofas.

No es esta casa el palacio de la calle de San Mateo, que convirtieron en Museo Romántico la generosidad y el refinado gusto del Marqués de la Vega Inclán, pero encierra una tradición literaria que aquel no posee. Aquí nació uno de los más castizos escritores y de los más fieles amantes de la sabana; en estos potreros que rodean la casa, el señor Marroquín escuchaba las confidencias de El Moro. A las tertulias de Yerbabuena asistieron todos los escritores de El Mosaico. En estas piezas estuvieron reunidos Vergara, Carrasquilla y don Ricardo Silva, y las pupilas infantiles del más fino poeta bogotano debieron detenerse muchas veces en el camino que bordean esos sauces. Estas paredes oyeron recitar a Pombo, a Fallon y a Jorge Isaacs, y hoy los ven llegar de nuevo a buscar un asilo definitivo en el sitio que les corresponde, después del peregrinaje y el abandono a que los ha sometido la miopía de quienes sólo alcanzan a ver las siluetas de los taxis y de los camiones.

A Yerbabuena vinieron por lo menos alguna vez casi todos los literatos colombianos, y a ella regresa su espíritu en las páginas amarillas de los manuscritos que sus familiares y devotos han querido confiarnos. La riqueza

de Yerbabuena está en esos manuscritos. En ellos figuran los inteligentes historiadores de la literatura, los grandes ensayistas, los literatos de la Sabana; los poetas de la patria, del paisaje y del amor; y no solamente en sus producciones literarias sino en las cartas íntimas, que es donde mejor podemos conocerlos a veces. Como habéis oído, la colección regalada por Eduardo Santos contiene originales de casi todos los escritores colombianos del siglo pasado y muchísimos de escritores extranjeros, entre ellos el borrador de un poema juvenil de Rubén Darío, de extraordinario interés.

La maravillosa colección obsequiada al Museo por Luis Martínez Delgado cuenta con piezas únicas y hasta hoy desconocidas, documentos políticos y literarios de primera categoría, cartas en que se muestra la personalidad de sus autores, algunas como las confidenciales de Darío, que se prestan a ser comentadas en charlas literarias, otras que servirían para trascendentales controversias políticas, pero que no desentonan en este museo porque a través de todas ellas está el romanticismo de las ideas o del corazón. Ahí está, por ejemplo, la prueba definitiva y romántica de la evolución política de Núñez. Yo, que en materia de peticiones nunca me quedo corta, espero que Martínez Delgado complete su maravilloso regalo, dándonos aquí en Yerbabuena una serie de charlas sobre esos documentos, y los hechos históricos que les precedieron o les siguieron.

En los originales de Antonio Gómez Restrepo, regalados por Lola Casas de Gómez Restrepo, hay borradores de crítica, de historia literaria, de ensayos, de discursos, de poesías, en fin de todos los campos de la literatura que cultivó y en los cuales fue maestro.

Me haría interminable si hablara de cada uno de los originales que habéis oído nombrar y que tienen el interés de ser muchos de ellos primeros borradores, con enmiendas y correcciones, tesoros de incalculable valor sentimental y material que han puesto en mis manos con una confianza que nunca agradeceré suficientemente, los descendientes y devotos de los más grandes literatos colombianos. A nadie se le oculta la trascendencia de un museo que desde su iniciación cuenta con tal acervo de joyas literarias.

Dentro de estos cristales viven algunos de los mejores momentos de la poesía colombiana. Aquí el primer Caro, en estrofas encantadoramente románticas, pero que tienen un no sé qué de moderno, dialoga con "Ella", y Rivas Groot interroga las constelaciones en un lenguaje lleno de profundidad y de sugestiva belleza. Aquí se encuentran la luna de Fallon y la de Silva, románticas las dos, pero la primera alumbrando la serenidad de su pasado clásico y la segunda proyectando sus reflejos geniales hacia el inconforme porvenir. Y ese momento del crepúsculo que despertó una emoción discreta y refinada siempre, pero quizá más penetrante y más personal que nunca en el corazón de Valencia. Y el alma múltiple de Pombo atormentada por la duda en su tremenda *Hora de tinieblas*.

Como si todas estas voces no fueran suficientes, las voces de las cosas con su extraordinario poder evocativo hacen resucitar las gentes y las épocas.

Para crear un ambiente romántico bastaría con esa mesa pobre en donde se escribieron las doctrinas filosóficas y los cantos de amor del padre del romanticismo colombiano, y con el uniforme del guerrero que cantaba con la voz estremecida por las pasiones de la lucha. Cuánta historia política, cuántos sucesos literarios, cuántas anécdotas picarescas parecen contar esos lentes que el dueño de la casa olvidó sobre su escritorio. Qué decir del tintero y de la pluma que sirvieron para estampar sobre el papel la estructura política del país y las

traducciones de Virgilio! En el cuarto de costura, ese que existía antes en todas las casas bogotanas y que hoy no existe en ninguna, el cofre de Margarita evoca la figura de ese poeta tan bogotano y tan querido de los bogotanos que fue Diego Uribe, y del paraguero campesino que hay en el corredor, cuelga el zurriago que acompañó por los predios de Santa Ana la pequeña y simpática estampa de ese gran señor de la inteligencia que se llamaba don Tomás.

En la literatura colombiana hay un hombre exquisitamente solitario: su vida, su obra, y su muerte son diferentes a las de todos los demás. Por eso en esta casa hemos querido respetar esa soledad destinando para él una habitación que tal vez pueda parecer exótica, pero que recuerda un poco sus gustos refinados. Donde el poeta pueda aislarse para pensar y para seguir sintiendo el anhelo insatisfecho de alcanzarlo todo, donde encuentre los rostros familiares y el cortapapel con que solía rasgar las páginas de las últimas novedades literarias de Europa.

La lentitud natural con que hay que proceder en la restauración de las casas viejas, sobre todo cuando se procede con los conocimientos y la honradez artística de Rodríguez Orgaz, retarda un poco la presentación del tramo más antiguo de Yerbabuena. Por hoy sólo verán ustedes el corredor ancho, la sala, el escritorio, la habitación de Silva, el cuarto de costura y la alcoba de don José Manuel. Más tarde se abrirán el oratorio, el comedor, la cocina y la encantadora pieza que se asomaba antaño al fondo del jardín. De este jardín viejo y desordenado que se prolonga hasta los límites imprecisos de la Sabana.

"Dichosos todos los vivientes a quienes ha tocado habitar en la Sabana de Bogotá" dijo el señor Marroquín en uno de los capítulos de *El Moro*. Yo, por experiencia propia, comparto plenamente esa opinión. Se habla de la monotonía y de la tristeza del paisaje sabanero: lo primero es una gran equivocación, en lo segundo reside una buena parte de su encanto. Pero ¿cómo puede hablarse de monotonía al hablar de la sabana de Bogotá? Hacia el sur, por los campos de Bosa y Soacha, aparece seca, amarilla, solitaria, reconcentrada, llena de reminiscencias castellanas, y se envuelve más adelante en un manto de nieblas que se levanta a veces para dejar ver la espuma y el abismo. En cambio desde las colinas de Suba la vemos teñida de todos los matices del verde, con el acento italiano de sus cipreses y la gracia primitiva de sus ondulaciones, con sus cielos cambiantes y maravillosos que se adormecen todas las tardes en el quieto regazo de la laguna. Y por estos lados de Yerbabuena se extiende con sus cerros al fondo, luminosa o sombría, inmensa siempre y siempre melancólica, con la húmeda melancolía de los sauces. Ellos le prestan su altísima categoría romántica, ellos que guardan la última voluntad de uno de los más finos románticos del mundo. A su ramaje desolado, a su sombra ligera, confiamos la custodia de esta casa de los poetas y de los escritores, que no quiere ser solamente un museo sino un hogar amable en donde al amparo de la tradición, pero de la tradición tal como la definió hace pocos días Monseñor Castro Silva en una de las oraciones más extraordinarias que se han pronunciado en Colombia, se reúnan los amantes de la belleza, de la verdad y de la vida, a recordar, a comprender, a pensar y a sentir.

Con motivo de la inauguración del Museo de Yerbabuena, el Instituto Caro y Cuervo, su Director, doctor Rivas Sacconi, y la Directora del Museo recibieron felicitaciones y voces de aplauso de

parte de tres entidades interesadas, en virtud de sus funciones, en la conservación del patrimonio artístico e histórico de la nación: la Academia Colombiana de Historia, la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá y la Academia de Historia de Santa Cruz de Mompox.

Transcribimos a continuación el texto de las proposiciones aprobadas unánimemente por las citadas corporaciones.

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA. — SECRETARÍA.

Bogotá, 7 de septiembre de 1960.

Señor Doctor

José MANUEL RIVAS SACCONI.

La ciudad.

Muy apreciado doctor y amigo:

Es para mí muy satisfactorio poner en su conocimiento el texto de la Proposición aprobada unánimemente por la Academia Colombiana de Historia en su última sesión ordinaria:

"La Academia Colombiana de Historia envía una efusiva felicitación a su Miembro Numerario don José Manuel Rivas Sacconi, por el éxito alcanzado en la fundación e instalación del Museo Literario que recientemente se inauguró en la histórica hacienda de Yerbabuena, convertida hoy en sede del Instituto Caro y Cuervo.

"La Academia registra complacida esta nueva fundación, que constituye un motivo de orgullo para la ciudad capital y un estímulo permanente para el recuerdo de las grandes glorias literarias de Colombia.

"La Academia hace extensiva esta voz de aplauso a la señora doña Isabel Lleras de Ospina, por su eficaz y oportuno concurso en esta realización".

Aprovecho esta oportunidad para enviar a usted mis personales y calurosas felicitaciones.

LUIS DUQUE GÓMEZ,
Secretario.

SOCIEDAD DE MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ.

Bogotá, agosto 31 de 1960.

Es para mí particularmente grato comunicar a usted el texto de la Proposición que esta Sociedad aprobó por unanimidad en su última sesión verificada el día 31 de agosto próximo pasado y que textualmente dice:

"La Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá se complace en enviar una muy sincera y efusiva felicitación al Instituto Caro y Cuervo y muy especialmente a su Director, el doctor José Manuel Rivas Sacconi, por el brillante éxito obtenido el domingo pasado, al inaugurar el Museo Literario e Histórico en la antigua y espléndida mansión que fue hogar de ilustres personajes y se la conoce históricamente, con el nombre de Yerbabuena.

"Quiere unirse así la Sociedad de Mejoras y Ornato a las fervorosas felicitaciones que de los muy distinguidos y numerosos invitados a dicha inauguración, entre los cuales se encontraban Ministros del Despacho, diplomáticos,

prelados, jefes militares y lo más granado de la sociedad bogotana, prodigaron al doctor Rivas Sacconi y a quienes como doña Isabel Lleras de Ospina y otras personalidades contribuyeron al que puede clasificarse como un nuevo sitio de atracción, como museo de arte e historia, para la capital colombiana.

"Obras de tan singular importancia para nuestra historia son las que bien merecen la gratitud nacional, ya que ellas significan salvar para la posteridad nuestros mejores recuerdos patrios.

"Culmina de esta manera el tenaz esfuerzo del doctor Rivas Sacconi cuyo prestigio como hombre de altas disciplinas intelectuales, especialmente filológicas, lo ha situado en una categoría superior entre los más brillantes hombres contemporáneos de que se enorgullece nuestra nación".

Hago muy míos estos sentimientos al suscribirme del señor doctor don José Manuel Rivas Sacconi, Director del Instituto Caro y Cuervo, muy atentamente,

JAIMÉ VÁSQUEZ CARRIZOSA,
Presidente.

ACADEMIA DE HISTORIA DE SANTA CRUZ DE MOMPOX. — SECRETARÍA.

Mompox, 7 de septiembre de 1960.

Señor Doctor

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI,
Presidente del Instituto Caro y Cuervo.
Bogotá.

Tengo el honor y la satisfacción de manifestar a usted, y por su digno conducto a ese docto y muy ilustre Instituto, que esta Academia de Historia recientemente constituida, ha acordado expresarle su viva complacencia por la feliz idea de inaugurar el Museo Romántico en la histórica y antigua casa de Yerbabuena, de tan feliz memoria en nuestros fastos literarios.

La Academia de Historia de Santa Cruz de Mompox envía a todos los dignísimos miembros que integran esa honorable corporación, sus más efusivas y sinceras felicitaciones, y aprovecha la oportunidad para ponerse a sus órdenes en elocuente gesto de solidaridad histórica y cultural.

Con sentimientos de la más alta consideración y respeto, me suscribo de Ud. atentamente,

MIGUEL FERNÁNDEZ PIÑERES,
Secretario.

SESION INAUGURAL DEL TERCER AÑO DE LABORES DEL SEMINARIO ANDRES BELLO

El acto inaugural del tercer año de labores académicas del Seminario Andrés Bello se verificó el viernes 19 de agosto de 1960 en la Sala José Eusebio Caro de la Biblioteca Nacional de Bogotá. Estaban presentes el Director del Instituto Caro y Cuervo, los miembros del Consejo del Seminario, los profesores y alumnos de éste, los investigadores del Instituto, el profesor invitado José Juan Arrom,